

Valentine Penrose: el silencioso permanecer después de todos los nombres

Yubely Vahos

Historiadora, Magíster en comunicaciones, docente, yubely.vahos@gmail.com

La condesa sangrienta de Valentine Penrose ha sido objeto de un curioso destino: casi todo cuanto sabemos de la obra nos ha llegado por otros escritos. Dos potentes ejemplos de tal situación son el texto homónimo de Alejandra Pizarnik y las interpretaciones de Georges Bataille. Gracias a las deliciosas construcciones que ambos realizaron a partir de las páginas escritas por la autora francesa, son bien conocidos el carácter al tiempo erótico y criminal de la obra, y su construcción gótica. Sin embargo, al decantar de esas páginas de sangre lo que se acordaba mejor con sus inquietudes, ambos construyeron un sólido marco de lectura para esa novela, y contribuyeron a que pase desapercibido el hecho de que ella hace parte de un proyecto con otro cariz: *La condesa sangrienta* es una novela histórica.

Basta abrirse paso entre las glosas y leer las primeras páginas para percatarse de ello. La autora nos invita a suscribir un pacto de confianza: ella se empeñará en realzar la veracidad y la verosimilitud de los sucesos, mediante la alusión a la historia como método y como aquello que aconteció en el pasado; a cambio, nosotros debemos permitirle que su pluma nos guíe por los laberintos del castillo húngaro y por los trayectos ominosos de la condesa. Ciertamente, no es un pacto fácil de preservar, pues página tras página la mujer sombría que pasó a la historia como una de las más memorables asesinas seriales húngaras adquiere matices de leyenda, y la estilizada prosa de Penrose nos aleja de la racionalidad propia de quien juzga cuán cierto es lo que se lee.

Inadvertidamente, vamos dejando atrás las preocupaciones por las fechas, los lugares, los nombres. La fuerza histórica de la novela nos suscita una inquietud de otro orden: comprender mejor ya no a la condesa en sí misma, sino la experiencia que Penrose tuvo con respecto a ella,

y a partir de esa mujer, de una época en la que se cimentaron algunas de las bases de la sociedad que habitó la novelista francesa.

Las libertades y el poder

Fueron precisamente los ecos de la particular mirada de Penrose los que resonaron de forma tan honda en Alejandra Pizarnik y Georges Bataille. Pizarnik extrajo de las actitudes con que Penrose revistió a la condesa una sesuda reflexión sobre la melancolía, ese mal que suscita una disonancia entre el “yo” y el “mundo” y que fuerza al melancólico a buscar toda clase de paliativos, como el sexo o el crimen, para escapar de su laberinto de voces y espejos. A Bataille lo fascinó la narración de un erotismo egoísta, capaz de tornar en objetos y, finalmente, en sombras a las más de seiscientas muchachas que asesinó; y el poder de atracción que posee el erotismo cuando se nos presenta ligado al horror y la violencia.

A ambos autores La condesa sangrienta que creó Penrose les mostró un espejo oscuro (como aquel que la asesina húngara diseñó para contemplarse) en el que pudieron ver el siglo XX, que para ellos era de alienación y excesos. Percibieron que Aquel personaje hacía un raro eco de la forma más extrema del progreso propio de la modernidad, con ese movimiento que no en vano había empezado a hacer carrera en los siglos XVI y XVII en que transcurre la historia. A saber: la superación de todos los límites para que cada sujeto se conozca mejor y logre su satisfacción, amparado por la premisa liberal de la libertad individual, que se torna tanto más practicable cuanto más poder posee el sujeto.

La libertad de la condesa estaba conectada con una singular forma de poder cuyo ascenso observaron tanto los comentaristas como Penrose: el poder

del mirón. Recordemos que Erzsébet Báthory rara vez tomaba parte activa en las torturas de la jaula o de la virgen de hierro. Normalmente, su poder real le permitía acceder a cuantas mujeres precisara y observar sin inhibiciones el sacrificio que ejecutaban sus sirvientas. A semejanza de quienes han examinado cada resquicio del cuerpo humano y de un placer que quiere ser verdadero en una película pornográfica, la condesa permanecía vestida para realzar su distancia respecto a las muchachas desnudas, distancia que no le impedía recibir su dosis de goce medida en litros de sangre.

Aquello que percibieron la argentina y el francés tras leer a Penrose resulta valioso por las regiones que ilumina, pero, sobre todo, por los espacios inexplorados que quedaron tras la sombra de sus nombres. Las constantes de sus glosas nos recuerdan cuán difícil resulta sustraernos a la fuerza de seducción que poseen los abismos de la perversión humana, máxime cuando los procedimientos para suscitar dolor en otro están signados por el erotismo y la belleza —de las víctimas y de su ejecutante—. Pero es preciso ponernos en guardia e intentar mirar otros paisajes en la obra. Una vez lo logramos, la novela de Valentine Penrose nos revela que no solo está emparentada con las regiones de la anomia y el deseo. Penrose nos legó una particular indagación sobre esa otra fuerza que nos hace apoyarnos en la magia: el miedo.

Creencias y creyentes

La poeta y novelista francesa Valentine Penrose fue una surrealista que no se encorsetó en la ortodoxia de André Bretón, aunque de sus formulaciones tomó el interés por explorar los espacios de la condición humana menos sometidos por la razón. Ella era, además, estudiosa y practicante de la magia y la meditación, saberes que desde su perspectiva le permitían entrar en armonía con las fuerzas de la naturaleza. Por ello se preocupó por comprender los principios de la sabiduría hindú y por investigar las creencias europeas que a lo largo de la historia del continente habían retado los dogmas cristianos, o que constituían apropiaciones heterodoxas del mismo.

Los conocimientos cultivados por la autora le permitieron ver en la violencia de la condesa sangrienta una portezuela para ayudarnos a comprender el humus de brujería y animismo del que procedía, las prácticas que proliferaban en los

campos húngaros. Los campesinos y nobles de la novela confiaban su destino a una serie de conjuros y talismanes. Para ellos, el medio natural no era únicamente una fuente de insumos que el trabajo humano trasformaban en riqueza. Era sobre todo un cúmulo de fuerzas cuyos ritos podían volcar en su favor o en contra suyo. En consecuencia, sus existencias respondían, al mismo tiempo, al deber social de participar de las ceremonias cristianas y al imperativo de descifrar los designios que albergaban las plantas, la disposición de los astros o la conducta animal, a fin de obrar sobre ellos.

En la lógica de esos personajes, la vida de cada ser humano no era una línea trazada con antelación que se seguía sin incidir en su rumbo. Era un escenario modelado parcialmente por el lugar social en el que se nacía y por las posiciones de los astros el día del nacimiento, en el que realidades como el amor, la muerte en combate o la belleza podían ser transformadas con la correcta invocación de las fuerzas naturales. Erzsébet no elegía muchachas bellas y fuertes por una suerte de obsesión. Ciertamente, la crueldad y la lascivia eran dos rasgos centrales de su carácter, pero esta elección era la forma más extrema y depurada de una serie de hechizos y brebajes destinados a detener el arribo de la vejez en su cuerpo.

Ella había probado la cincoenrama, la belladona, la sangre de animales del bosque, y con cada año vivido descubría que la avidez del tiempo requería mordazas más potentes: la sangre virginal de muchachas —primero plebeyas y posteriormente nobles—. Antes de iniciar el sacrificio, la condesa de Penrose recitaba el siguiente conjuro, para que la sangre que tornaba su piel pálida vestida de blanco en una dama roja cumpliera su cometido.

Sin embargo, al ser humano corriente no le era dado comprender de forma directa los designios que contenían la piedra, la luna o la sangre. En el mundo de la condesa sangrienta que trazó Penrose, pululaban los intermediarios entre el hombre y el libro mágico de la naturaleza. Oficiantes que mantenían vivas las ruinas de las antiguas religiones paganas asentadas en la región de los Cárpatos húngaros. Mujeres que, con sus conjuros tornaban en símbolos hojas y huesos. Mujeres que reivindicaban el carácter creador y diverso de las fuerzas femeninas contra las nociones masculinas y binarias del cristianismo, dueñas de un erotismo temido, seres tan marginales como poderosos en cuyas manos parecía cimentarse el mundo de los

temerosos nobles. Ellas dominaban el universo de la magia, que no podía escindirse entre “blanca” y “negra”, porque se trataba de un caos de intereses y métodos.

Para reforzar y sustituir los poderes de las brujas, los nobles de este libro se rodeaban de toda clase de talismanes. Bezoares que detectaban la presencia de veneno en los alimentos, polvo de sapo contra las pestes, grimorios escritos en dialectos oscuros para ellos que invocaban divinidades paganas, o espuma de mar veteada de sangre para conservar la vida. Erzsébet no era la excepción. Cada noche, a la luz de las teas entraba de la mano de Darvulia (su bruja) en un círculo de vísceras, plantas maceradas y cánticos monótonos, mientras que entre su corpiño y su piel se erguían diversos talismanes, como las murallas que protegían una ciudad de su destrucción. La condesa los situaba en el lugar más próximo a su corazón que, recordemos, en el Antiguo Régimen era considerado el recinto del pensamiento y de los sentimientos. Y, en presencia de otros dejaba vagar sus dedos en el sitio en el que habían sido cosidos sus talismanes más apreciados, a fin de sentirse protegida de las miradas inquisitivas y evitar que alguien penetrara en su interior.

Una leyenda difusa

Penrose admite que, salvo las leyendas que asocian a la condesa con el diablo o con los vampiros, todo lo que se ha dicho sobre ella es cierto. Fue lujuriosa, vanidosa, fría, solitaria, abusó de su poder real, tuvo tendencias lésbicas. La anonadaron los signos de su inconsciente y rozó las profundidades de la locura. Pero estos son atributos. La raíz que sostuvo a Erzsébet (y quizá el espacio por el que transita toda la novela) fue el miedo. Ella padeció un miedo irracional a todo cuanto giraba a su alrededor y nacía dentro de su ser, que la condujo a buscar todos los medios posibles para que nada pudiera herirla. La sangre fue entonces una coraza de fuego que se desvanecía en cuanto se extinguía la fuente femenina de la que procedía, y la dejaba desnuda con su alcancía de temores y una sola certeza: la de tener que repetir el maleficio la noche siguiente.

La historia de la condesa que nos presenta Penrose es la del miedo que nos ha impulsado a encender lámparas, hacer rogativas, levantar murallas, realizar sacrificios. Ese miedo que cuando se apaga la luz, termina la oración, cruje

la muralla o rueda la última gota de sangre, permanece intacto.

No está de más insistir en ello. Lo verdaderamente atrayente de La condesa sangrienta no es la biografía de esa mujer más o menos bella, tan solitaria y temerosa como tantos monarcas del antiguo régimen y tan asesina como lo permitía el doble velo de su poder y su familia. Lo que torna irresistible la obra es la mirada de Penrose, el legado que nos dejó de su experiencia del horror, la forma como hicieron eco en ella un puñado de papeles y pinturas. Quiero evocar tres imágenes de la autora que otorgan alguna luz sobre las condiciones que hicieron de ella un campo fértil para esa creación. Pienso en la mujer que recorrió la Cataluña de la Guerra Civil Española entre el hambre que campeaba en las calles, los heridos que regresaban de los combates, los hombres sanos que tomaban su lugar y la lucha interminable entre facciones de la izquierda para liderar el país. Pienso en la francesa temeraria que condujo autos para el ejército francés, que convivió con los hombres que marchaban a la guerra y con sus armas y que, entre tanto rescató obras de arte y algunas joyas arquitectónicas. Pero pienso, sobre todo, en la bruja blanca que acariciaba la oscuridad del bosque, ofrendaba sus ojos a la luna y convocaba con su voz a las serpientes para que bailaran junto a sus pies desnudos. De su encuentro con tantos sujetos que tomaron entre sus manos las riendas del futuro, y con la naturaleza mágica de los elementos, a la autora le quedó esa sensibilidad para mirar de la historia, las sombras de las emociones que sostienen sus caminos. 



Carlos Motta / We The Enemy, 2019
Group of bronze sculptures, on iron and concrete plinths
13 x 13 x 155 cm / 5 x 5 x 61" each Cortesía Mor Charpentier, Bogotá/Paris